

Reseñas

Pierre Bourdieu, 1997, *Capital cultural, escuela y espacio social*, trad. y comp. Isabel Jiménez, Siglo XXI Editores, México, 206 pp.

EL LIBRO SE COMPONE DE UN conjunto de trabajos que, en diferentes momentos, Pierre Bourdieu ha dado a conocer ante diferentes públicos interesados en su planteamiento teórico para analizar a la escuela como una institución reproductora de las desigualdades sociales, así como al espacio social, su construcción y su papel en la conformación de una jerarquía social que, finalmente, se vincula con la posesión del capital cultural y económico. Sin embargo, estas consideraciones también han llevado a Bourdieu a reflexionar sobre el oficio de sociólogo en un contexto social en el que las “prenociones” o “preconstrucciones” han sido objeto de una supuesta ciencia, sobre todo la que usa los sondeos de opinión para transformar las evidencias en “descubrimientos” científicos que rápidamente se “popularizan” entre los grupos sociales.

Una ciencia de lo “evidente”, del “sentido común”, ha colocado en un plano secundario al oficio de sociólogo y las “tentaciones” son irresistibles, sobre todo en un mundo social donde los medios de comunicación impresos y electrónicos son de vital importancia para convertirlo en un “seudocientífico” que opina de cualquier tema y a cada momento, lo que le puede llenar de “adeptos” porque solamente refleja el pensamiento del “sentido común”. La “ruptura” con estas “prenociones” o “preconstrucciones” ha obligado a Pierre Bourdieu a determinar el oficio de sociólogo y su aplicación en un campo como lo es la educación. En este sentido, la primera parte del libro contiene su visión sobre el papel de la sociología en la explicación y producción del mundo social. Pero en la segunda parte, nos da a conocer los mecanismos de adquisición del capital cultural y su vinculación con el capital económico para la reproducción del espacio social. En otras palabras, el autor determina el valor de la sociología en la explicación de los fenómenos que se originan en el mundo social y su papel para conocer lo que sucede en el ámbito de la escuela, donde se adquiere parte del capital cultural.

Antes de emprender esa tarea, reflexiona sobre lo que significa el “hacer hablar a un autor”, teniendo como referencia al filósofo francés ya desaparecido, Michel Foucault. Comienza por criticar las expresiones comunes en el ámbito académico: “para Foucault”, “según Foucault”, “como dijo Foucault”. Frases que implican que nos servimos del autor en lugar de servirle a él; en consecuencia, establecemos con el autor una relación fetichizada que es urgente superar. Para alcanzar este objetivo es necesario realizar una lectura de la obra que nos lleve a comprender el campo de su producción y, al mismo tiempo, el de la recepción de la obra; “[...] la relación

entre las posiciones del *autor* y del lector en sus campos respectivos” (p. 13); el *autor* como creador de pensamiento, constructor de nuevos objetos de estudio. En este sentido, una lectura de *lector* que quiera entender a Foucault como un *autor*, implica que le interesa como creador de pensamiento, más que adoptar el papel de un lector letrado en el pensamiento de los otros. La diferencia entre ambas lecturas salta a la vista:

No obstante que Foucault pertenecía a un grupo, no actuaba como su portavoz, “[...] sino que hablaba en un grupo, expresando las ideas de un grupo del que habría tomado cosas y en el que él había enseñado cosas” (pp. 13-14). Y esto se relaciona con las condiciones sociales bajo las cuales se generó la obra, el campo de la producción académica de la época. La posición del filósofo implicaba heredar el radicalismo político de Sartre, la transgresión de las normas. Aunque Foucault, según Bourdieu, heredó ese radicalismo político, lo que finalmente hizo fue “[...] continuar el radicalismo filosófico por otros medios” (p. 15); es decir, una manera diferente de plantear las interrogantes, de abordar los objetos de estudio y su naturaleza.

Por otro lado, a Foucault se le ha comparado con un “profeta ejemplar”, sobre todo porque llevó fuera del universo “sabio” problemas, debates, discusiones, conceptos, antes solamente reservados para los especialistas (p. 16). El hacer descender sus escritos a la calle y convertirlos en exotéricos, ha provocado que la obra de Foucault siga siendo un éxito en los Estados Unidos. En los círculos universitarios, por ejemplo, la obra de Foucault ha sido leída a través de lo que dicen los colegas, los estudiantes, los periódicos, “[...] una suerte de rumor intelectual donde circulan las palabras clave, los eslóganes un poco reductores[...].” (p. 17). Y esta situación, Bourdieu la extiende a la mayoría de los autores contemporáneos. El conocimiento por eslóganes tiende a influir de una forma negativa en la construcción de la imagen social de un autor, con la que colaboran amigos, enemigos y rivales.

Ahora bien, en el sistema escolar, la obra de Foucault se ha reducido a trozos de sus obras, lo que obliga a reflexionar sobre la recepción, es decir, lo que se permite que reciban los estudiantes, pero también su contraparte: lo que no está permitido que reciban y que hace posible conocer las resistencias ocultas o el “odio por la verdad” que obliga a ciertas personas a rechazar la lectura de la obra de Foucault.

Finalmente, Bourdieu concluye lo siguiente, que también es aplicable a cualquier pensador de esta época: la recepción incompleta de la obra de los contemporáneos es una limitante para que los lectores conozcan más acerca del autor, como por ejemplo, su correspondencia privada, sus entrevistas. Lo que le queda al lector es hacer un uso activo del autor; tener una recepción práctica, no fetichista, de su obra.

La presentación por parte de Bourdieu del modelo del espacio social y el espacio simbólico ante el público japonés, a través de su obra *La distinción*, le permite establecer su validez universal porque está construido sobre principios comunes a todas las sociedades en lo que se refiere a la generación del espacio social y sus mecanismos de reproducción. Pero antes distingue el modo de pensar sustancialista, que se

caracteriza por explicar lo que sucede en una sociedad por las actividades o preferencias que se observan en ciertos grupos; por ejemplo, el practicar golf o tenis no se asocia el día de hoy con las posiciones de los grupos dominantes como en el pasado, sobre todo porque dichas actividades pueden ser abandonadas cuando empiezan a ser practicadas por las clases populares (p. 28). De este modo, las correspondencias entre las propiedades de un grupo social en un momento determinado, en otro no corresponden a su posición dentro de un espacio social o al acceso u oferta de bienes. Es por ello por lo que el autor se inclina por un análisis relacional entre las posiciones sociales, las disposiciones o *habitus* y las tomas de posición; las elecciones que hacen los diferentes agentes sociales. En este caso, la distinción no es más que una cualidad de porte y de maneras, el rasgo distintivo, la diferencia, que existe “[...] en y por la relación con otras propiedades” (p. 30). Resalta aquí nuevamente la propiedad relacional: la idea de separación o diferencia es la base de lo que se llama espacio, posiciones diferentes y coexistentes, exteriores, definidas unas con respecto a otras por relaciones de proximidad o alejamiento, por relaciones de orden, debajo, encima y entre. Entonces el espacio social, según Bourdieu, es construido y los agentes sociales son distribuidos en función del capital económico y cultural.

Las oposiciones o contradicciones que el autor encuentra en este caso son dos: la primera surge entre los que poseen más capital económico y cultural, lo que incluye a patrones y profesores de la universidad y a los que pertenecen a las profesiones libres, que se oponen a los más desprovistos de algún tipo de capital, pero también se oponen, en cuanto a su patrimonio de capital, entre ellos mismos. La segunda contradicción surge de las diferencias entre los *habitus* que obligan a los grupos sociales a tomar posiciones diferentes según las circunstancias. El *habitus* une estilo, prácticas y los bienes de un conjunto de agentes. Opera principios de diferenciación diferenciadores y estructuras estructuradas, “[...] esquemas clasificatorios, principios de clasificación, principios de visión y de división, de gustos diferentes” (pp. 33-34). Empero, las diferencias en las prácticas, los bienes poseídos, las opiniones, son diferencias simbólicas que conforman un lenguaje. Éstos, en términos muy generales, son los principales elementos que constituyen el modelo que Bourdieu utiliza en su obra *La distinción*, que es básicamente un modelo relacional y que mostraría su potencial si se aplicara para comprender el funcionamiento de una sociedad particular, diferente a la sociedad francesa, como pueden ser la japonesa o la mexicana (p. 39).

Por su parte, en una entrevista sobre el llamado oficio de sociólogo, Bourdieu no solamente hace referencia a los diferentes textos y autores que conforman dicha obra que, por cierto, existe en español, sino que destaca el saber epistemológico en la formación de una visión teórica para llevar a cabo una investigación empírica diferente (p. 42). Con ello buscaba oponerse a la sociología teórica de la Escuela de Frankfurt, que denunciaba al positivismo y a la escuela positivista en la que sobresalía Paul Lazarsfeld, y que se centraba solamente en la investigación empírica: dos

polos opuestos que había que superar para hacer una sociología crítica con fundamentos teóricos que se realizan empíricamente. Esta propuesta tiene que ver con su paso por el Instituto de Estadística en Argelia, donde había enorme preferencia por los procedimientos estadísticos, los modelos, la medición, y donde se dio cuenta de la necesidad de contar con una base teórica. Además de haberse inclinado por la preponderancia que debe tener la construcción del objeto de estudio, porque el mundo social es autoconstituido y los individuos desarrollan preconstrucciones en su vida diaria, dicha construcción, de acuerdo con Bachelard, se puede lograr solamente mediante la ruptura; “[...] romper con las preconstrucciones, las preconociones, con la teoría espontánea, es particularmente imperativo en el marco de la sociología [...]” (p. 45).

Sin embargo, Bourdieu señala que el libro *El oficio de sociólogo*, por su reiteración constante sobre la necesidad de construir el objeto de estudio, tiene un discurso didáctico ridículo al no mostrar jamás cómo se construye. “Yo creo que es un libro que ha hecho mucho mal. Ha despertado gente, pero ha sido en seguida utilizado en un sentido teorista” (p. 58). Por tal motivo, según el autor, el oficio se transmite en la práctica, pero para transmitirlo hay que tenerlo interiorizado. A pesar de haber escrito el libro ubicándose en contra de una investigación empírica con un nulo sustento teórico, Bourdieu reconoce que dicha tradición persiste, es decir, la imaginación teórica no existe en las investigaciones empíricas, pero también los teoristas siguen “reivindicando” la gran teoría separada de la investigación empírica (p. 61). Y agrega que lo que llaman en la actualidad “teoría”, son únicamente comentarios de autores canónicos o reportes elaborados para cursos (pp. 61-62). Pero la reintroducción de nuevas perspectivas de análisis, como por ejemplo el interaccionismo, la etnometodología y la misma dimensión histórica, dan actualidad al mensaje de la compilación realizada en su momento por Bourdieu: la ciencia construye y ella misma está socialmente construida (p. 63).

Lo anterior se puede enlazar con la idea de que la sociología es una ciencia “incómoda” porque devela cosas que, en una sociedad dividida en clases, requieren estar ocultas o escondidas. En este sentido, cuando Bourdieu afirma que las personas que ocupan los más altos puestos públicos provienen de los sectores privilegiados, cuestiona un principio fundamental relacionado con la legitimidad del Estado, a saber, “[...] la ilusión de la selección democrática de su personal” (p. 65). Esto hace que para algunos la sociología no sea “científica” y sus resultados sean entonces invalidados debido a sus prejuicios.

Pero como la sociología se construye contra las apariencias del sentido común, se encuentra bajo el veredicto de ese mismo sentido (p. 73), y por eso al sociólogo se le confieren atributos de profeta que los periodistas cultivan para encontrar una respuesta coherente y sencilla a los males que afectan, en diferentes magnitudes y dimensiones, a las sociedades modernas. En otras palabras, se busca que el sociólogo, a través de la aprobación de los actos de los profanos y a nombre del sentido

común, rompa con “[...]las adquisiciones científicas obtenidas al precio de una ruptura[...]” (p. 73) con ese sentido común.

Según Bordieu, al proponerse como objetivo ir más allá de las apariencias y del discurso que las acompaña, la sociología podría hacer su aportación a la democracia al mostrar las condiciones reales de la elección y con ello fundar un utopismo realista “[...]alejado de un voluntarismo irresponsable como el de la resignación científicista al orden establecido” (p. 193).

Por su parte, Bourdieu establece que existe una nobleza de Estado basada en la obtención de conocimientos, el capital cultural, que se reproduce en los países desarrollados, tanto en Francia como en Japón. En eso no solamente tiene un papel fundamental la familia, sino las altas instituciones escolares que son un medio para tener acceso a las elevadas posiciones sociales, monopolizadas por los hijos de las familias pertenecientes a los estratos sociales privilegiados (p. 109). Esto implica que la reproducción del sistema escolar mantiene la separación entre estudiantes dotados de cantidades desiguales de capital cultural, es decir, los que han heredado un capital cultural y los que están desprovistos de él. De este modo, la institución escolar crea una frontera entre la gran nobleza de la pequeña nobleza, y los simples plebeyos (pp. 110-111); entre las grandes escuelas y las facultades. El derecho de llevar el nombre de la escuela, un título, se asemeja a lo sagrado; al mismo tiempo, la separación introducida por la escuela es “[...] una ordenación en el sentido de la consagración, de entronización en una categoría sagrada, una nobleza” (p. 112). Así, el título viene a consagrar, en términos escolares, una diferencia social ya existente y, en consecuencia, la escuela no privilegia la meritocracia, las aptitudes individuales, sino que encubre, entre la aptitud escolar y la herencia cultural, una nobleza de Estado; “nobleza en la que la autoridad y la legitimidad están garantizadas por el título escolar” (p. 113).

La estructura del capital, conformada por el capital económico y el cultural, se retraduce en el sistema de preferencias para que los adolescentes privilegien “[...] ya sea el arte en detrimento del dinero, sean las cosas de la cultura en detrimento de los asuntos de poder[...]” (p. 118). Mientras, los profesores les aplican a sus alumnos las formas de percepción que han sido estructuradas de acuerdo con los mismos principios excluyentes y que, en términos generales, se pueden sintetizar con la pareja brillante/apagado.

Pero el proceso descrito, según Bourdieu, ha provocado la aparición de contradicciones que han colocado al sistema escolar en un estado de tensión permanente: sobreproducción de diplomados y devaluación de las posiciones universitarias subalternas; la falta de correspondencia entre los títulos escolares y los puestos de trabajo, que fueron algunas de las causas que estuvieron detrás del movimiento estudiantil de mayo de 1968 y que siguen presentes todavía en el movimiento estudiantil de la Francia actual. Otros de los efectos negativos son la competencia frenética, así como el veredicto o destino que el sistema escolar impone a los estudiantes; la jerarquía y sus formas de excelencia, que se encuentran encabezadas por las disciplinas

matemáticas y en Francia por la Escuela Nacional de Administración o la Escuela Politécnica (p. 122). Mientras, a los excluidos en nombre de la inteligencia impuesta por el orden escolar imperante, no les queda más que la ruptura violenta mediante revueltas, formas de criminalidad o el suicidio.

Las investigaciones de Bourdieu sobre el Ministerio de Educación Nacional en Francia lo incluyen en una comisión, junto con otros destacados intelectuales, de reflexión sobre los contenidos de la educación en su país natal, donde sus propuestas, dejando de lado cualquier "tentación" ideologizante, se referían a la necesidad de introducir los nuevos conocimientos producidos por los progresos de la ciencia y los generados en la propia sociedad en los programas de estudio, así como a que los profesores daban por sabido lo que en realidad era una simple apariencia que, dentro de la escuela, reforzaba la desigualdad. Por ejemplo, el manejo de un diccionario, de una enciclopedia, el conocer sobre cómo consultar material dentro de una biblioteca o el manejo de Internet o computadora (pp. 129-144). Lo evidente nuevamente, desde una perspectiva sociológica, ocultaba la desigualdad que dentro de la escuela tenía efectos negativos sobre la posibilidad de asimilar los saberes transmitidos. Los siete principios que estableció la comisión no hicieron más que remarcar las posibilidades que el sistema escolar francés podría desarrollar y entonces, según Bourdieu, no se pedían imposibles ni la realización de falsas utopías (pp. 145-176).

Por otro lado, en la parte última de su libro, Bourdieu rinde homenaje a Georges Canguilhem y Simone de Beauvoir, dos destacados intelectuales franceses, y deja en claro el papel del intelectual, o mejor dicho, de su oficio en un mundo social que a cada momento producimos y reproducimos. Y ante el Parlamento de Escritores reafirma la autonomía del intelectual para que con su capacidad pueda crear nuevas formas de acción que tengan un perfil más solidario e internacional (pp. 195-200).

Considero que es un libro introductorio, conformado por entrevistas y ponencias inéditas en español, que nos acercan a algunos aspectos relevantes de la obra de este destacado sociólogo francés y que no deben de sustituir la lectura de una obra abundante e indispensable para los estudiosos del mundo social.

Miguel Ángel Vite Pérez